



(UNA HISTORIA)

Como la tuya o la mía

Cualquiera

Abre tu caja de Pandora ama tus miedos y redescubre tu historia

Mabel Rita

Una historia cualquiera

Mabel Rita

Primera edición: abril de 2025

© Copyright de la obra: Mabel Rita

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-990262-5-2

Código ISBN digital: 979-13-990262-6-9

Dépósito legal: B 8623-2025

Corrección: Samuel Pérez

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortunedititions.com

info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

*En medio del caos y el bullicio, siempre
hay manos amorosas que nos enseñan a
encontrar seguridad y belleza en la vida.*

Capítulo 1

Una mente diferente

En la imponente naturaleza de la cordillera andina, está mi ciudad natal, Pasto, en Colombia, donde el viento susurra los secretos de mi origen. Soy una hija del misterio, nacida en el limbo entre el 4 y el 14 de noviembre, en una danza incierta de fechas que tejen la trama de mi existencia. Mi madre, con su amorosa confusión, siempre celebraba mi cumpleaños el día 4, mientras que el frío papel del registro insiste en el 14. Una disonancia que solo agrega un toque más de enigma a mi historia.

Mi infancia está marcada por el miedo, un temblor constante que me acompañaba como una sombra fiel. Lágrimas vertidas por cualquier motivo, una sensibilidad que me envolvía como un velo. Mis padres, cada uno en su mundo, apenas podían consolarme, dejando la mayor parte de esa tarea a mis hermanos mayores.

Aunque viví poco tiempo en mi tierra natal, mis raíces me marcaron profundamente, quizás por los efímeros momentos de felicidad que llevo grabados en mi memoria, mis primeros años de colegio, los amigos, los primos, la familia, los prados donde caminábamos descalzos, el olor a leña, a eucalipto mojado, a tierra negra, el sabor de la leche fresca, las vacas, caballos y otros animales que deambulaban por los prados en libertad, los cuyes alrededor de la cocina y el color de los atardeceres.

Mi madre como un pulpo tratando de llegar a todo; recuerdo con cariño los días en que mi hermana mayor cuidaba de mí, peinando mis cabellos y preparándome el almuerzo para ir a la escuela. Ella, con su ternura, me quiso enseñar a encontrar seguridad en medio del caos, pero no sé si lo consiguió. Era incapaz de tranquilizarme.

Por otro lado, mi padre, un hombre de manos hábiles y mente creativa, forjaba estructuras metálicas que desafiaban la gravedad. Él se dedicaba al hierro, aunque posteriormente emprendió viaje a la caótica capital junto a mi madre. Ella, dedicada toda la vida a los pequeños de la sociedad —hoy podríamos catalogarla como profesora de preescolar—, siempre luchó por el bienestar de su familia: su marido y sus seis hijos. Soy la quinta hija de seis, una nota olvidada en la sinfonía familiar, un susurro en el bullicio de voces, siempre presente, pero a menudo perdida en el eco de los mayores. Ambos tuvieron que dejar sus familias para buscar el pan que no siempre encontrábamos sobre la mesa.

No obstante, ambos, más él que ella, se encontraban ausente en su propio mundo o supervivencia. Su presencia, como un sol de invierno, nos brindaba un calor efímero, disipado por la fría realidad de su olvido al amanecer; su ausencia era como un eco en una caverna, resonando en los rincones más oscuros de mi alma. Nos pedía abrazos, nos daba besos y nos brindaba bellas palabras... Luego nos dimos cuenta que era el producto de su estado etílico, problema que acarreó siempre desde que tuve uso de razón. A la mañana siguiente se desvanecía ese trato cariñoso hacia nosotros.

Ahora, mientras rememoro esos tiempos lejanos, siento el eco de su amor resonar en cada rincón de mi memoria, como un susurro en el viento. Soy una hija de la incertidumbre, tejida entre el misterio y el afecto de una familia que, a pesar de las confusiones, siempre fue mi refugio. Aún con toda mi neurosis desde pequeña, comencé a tejer mi personalidad en medio de estas experiencias. En ese entonces, no entendía lo que veía mi mente, pero cada desafío se convirtió en una oportunidad para crecer.

En el laberinto de su mente y el río sin rumbo de su vida, mi padre encontró en su dolor la chispa de una genialidad incomprensible, demostrando que incluso en la lucha más oscura, hay un destello de luz buscando redención.

Capítulo 2

Navegando la hipersensibilidad

La relación con mis padres era distante, marcada por breves momentos de cariño. Mi padre, cuando el alcohol embriagaba sus sentidos, mostraba una ternura que se desvanecía como un destello en la oscuridad de su ausencia emocional. Mi hermana y yo anhelábamos esos raros momentos de conexión, cuando la ebriedad desataba la calidez en su corazón. Preferíamos que viniese bebido, nos gustaba su forma de ser con nosotras. Sin embargo, no entendíamos por qué lo hacía.

Con el tiempo, comprendimos que su relación con el alcohol era un refugio, una expresión de la tristeza que lo acompañaba desde su infancia para solapar su dolor. Como una sombra inseparable. Abandonado por su madre y criado como un peón en una familia ajena, la ausencia de su padre con la incertidumbre de una desaparición repentina bajo extrañas circunstancias, las historias que se tejían alrededor, decían que fue un suicidio, que le aquejaba la sombra de una misteriosa enfermedad sin nombre, esto dejó una marca indeleble en vida de mi padre. Creció sin oportunidades, sin educación formal, enfrentando las dificultades de una vida sin rumbo. El alcohol se convirtió en su consuelo y en su cárcel, una forma de escapar de los demonios de su pasado.

Interrogando a la familia, como solía hacer habitualmente, descubrí la verdad sobre su infancia dolorosa. Aunque su batalla contra el alcohol eclipsaba su brillantez, mi padre era un hombre inteligente, ajeno a la sociedad en muchos aspectos. Su figura se erguía como un enigma, un hombre atrapado entre la genialidad y el dolor,

entre la lucha y la rendición. En sus manos, yacía el potencial de un alma perdida, buscando redención en un mundo que apenas comprendía. Ni él a lo que le rodeaba, ni su entorno a él. En el universo de mi padre, el tiempo era una dimensión difusa, un río que fluía sin rumbo fijo, llevándolo de un momento a otro sin advertencia. Su mente, atrapada en un laberinto de pensamientos, a menudo se perdía en el fluir del tiempo, dejándolo a merced de sus propios vaivenes.

Recuerdo cómo, en ocasiones, se ausentaba de casa por días, sumido en sus propias aventuras y desafíos. No era que estuviera inmerso en algo extraño, sino que simplemente perdía la noción del tiempo, entregándose a la corriente de la vida sin preocuparse por las convenciones sociales.

Mi madre, con su paciencia infinita, se encargaba de recordarle los compromisos y responsabilidades que la vida exigía.

—¿Te acuerdas de entregar esto? —le repetía una y otra vez, como un mantra destinado a anclarlo en la realidad fugaz. No hacía falta que él respondiese, pues todos sabíamos la respuesta.

Preparaba sus encargos a última hora simplemente porque no sabía calcular los tiempos, se sumergía en otro objetivo y se tiraba días y días en ello.

La comida, otra víctima del tiempo elusivo de mi padre, a menudo quedaba relegada a un segundo plano cuando mi madre no estaba presente. Él, sin la brújula de los horarios y las rutinas, pasaba días enteros sin probar bocado, sumido en sus propios pensamientos y distracciones. Esta cuestión siempre me llamó la atención, pues con el pasar de los años me he visto como él. Puedo estar horas y horas embarcada en cualquier cuestión. Sin darme cuenta puedo pasar el día sin probar bocado.

Pero más allá de sus peculiaridades, mi padre era un hombre de encanto innegable, cuya presencia atraía a las

mujeres como un imán. A pesar de no contar con grandes riquezas, pocas habilidades sociales, ni estabilidad financiera, siempre había una mujer dispuesta a compartir su tiempo y su corazón con él. Una paradoja que siempre me intrigó y que, en ocasiones, me llevaba a cuestionar el misterio de sus relaciones.

—¿Por qué tuviste tantos hijos si papá siempre fue así? —solía preguntarle a mi madre, buscando comprender el enigma de nuestra familia. Su respuesta, impregnada de resignación y sabiduría, me dejaba fría.

—Hija, antes no se podía planificar cuántos hijos tenías. Siempre fue una «alegría» quedar embarazada. —Ante mi cara de sorpresa, ella me decía—: Los preservativos solo los usaban las prostitutas. Además, mi madre me fue muy clara: «Si tú has decidido casarte con este hombre, le has elegido, tienes que aguantar lo que venga. Si te es infiel, tienes que lograr que vuelva a su casa».

Así, entre los pliegues del tiempo y las risas de las celebraciones familiares, la figura de mi padre se erguía como un enigma por descifrar, un hombre cuyas peculiaridades ocultaban un corazón generoso y un espíritu lleno de vida. Sus secretos, guardados celosamente entre las paredes de nuestra casa, esperaban pacientemente ser descubiertos por aquellos que se aventuraran a adentrarse en el laberinto de su alma.

Las historias que nos relataba, tejidas con hilos de oro y leyenda, nos transportaban a un mundo de misterio y asombro. Nos contaba sobre los entierros de los infieles, donde, según la tradición, se encontraban tesoros inimaginables: ollas de oro, adornos y reliquias ancestrales misteriosas. Lo que siempre se ha descrito como «el Dorado», mi padre fue uno de los buscadores guaqueeros de los Andes.

Una historia se destacaba por encima de las demás. El día en que mi padre, junto con un compañero y mi madre, compartieron esta experiencia, cada una vivida, en

el mismo momento con escenarios distintos, con valentía y determinación, mi padre se adentró en una cueva oscura y misteriosa, guiado por el destello de una promesa dorada mientras fuera aguardaba su amigo y compañero de aventura.

Recuerdo vívidamente cómo nos relató el momento en que encontró unas ollas enormes, repletas de lo que parecía ser arena. Pero su alegría se vio empañada por la dificultad de sacarlas de la cueva, ya que eran demasiado grandes y pesadas para él solo. Con ingenio y astucia, decidió meter la mano y vaciarlas con ayuda de su amigo al fin pudieron sacarlas de la cueva.

Mientras tanto, mi madre, embarazada de mi hermano mayor, aguardaba en casa, vuelta en la oscuridad de la noche y el murmullo de las habitaciones vacías. De repente, un estruendo resonó en la oscuridad, y la puerta de la habitación de mi madre se abrió de golpe, llenando el aire con un eco ancestral.

Mi madre, presa del miedo y la incertidumbre, se aferró a su vientre, protegiendo el tesoro que llevaba dentro. Ante ella, emergió una figura oscura, vestida de negro y con un brillo en la frente que parecía encender la noche, había un halo de confianza mezclado entre el miedo.

«No puede ser un sueño», pensaba mi madre, mientras rezaba en silencio, suplicando que el intruso se alejara. Pero el visitante permanecía imperturbable, observándola con una mirada enigmática entre la sombra de la habitación, ella sin saber cómo reaccionar entre la curiosidad y el miedo, porque en el fondo resonaban leyendas, sobre este personaje increíble.

Y entonces, como si la noche hubiera escuchado sus plegarias, el intruso desapareció sin dejar rastro, dejando a mi madre sumida en un mar de interrogantes y misterio. En ese mismo momento, mi padre salía de la cueva con las ollas vacías. Su compañero y él se dirigieron a casa con su valioso tesoro.

Al día siguiente, mientras mi padre inspeccionaba el botín de la noche anterior, descubrió algo sorprendente al fondo de una de las ollas: arena dorada, un polvo resplandeciente que revelaba la verdadera naturaleza del tesoro oculto: no era arena, era oro en polvo. Regresaron corriendo a la misma cueva, pero ya nada se encontraba allí.

—Mi compañero se lo debe haber llevado. —Mi madre reafirmaba ante la afirmación de mi padre.

—Y será la imagen del infiel que vi... —dijo ella haciendo referencia a la figura. Tiempo después, este compañero, repentinamente, murió de una extraña enfermedad, dejando una invaluable fortuna a sus parientes.

Así, entre la oscuridad de las cuevas y el resplandor de los tesoros ancestrales, la historia de mi padre se convirtió en una leyenda familiar, un relato de valentía, misterio y la búsqueda eterna de la riqueza que yace oculta en las profundidades de la tierra.

Acerca de la autora



Nacida en Colombia y radicada en Barcelona, ha dedicado su vida a la búsqueda constante de conocimiento y transformación personal. Filósofa de formación, ha explorado caminos creativos y terapéuticos como el diseño, la fotografía, la astrología, la biodescodificación y las constelaciones familiares, integrando saberes tradicionales y holísticos.

Desde hace casi dos décadas vive en España, donde comparte su día a día con su hija menor y dos de sus

perros, mientras su hija mayor y su nieto permanecen en Colombia. A pesar de no tener familia cercana en su nuevo país, ha creado una red de amistades profundas que considera su familia elegida.

El Camino de Santiago ha sido un pilar transformador en su vida, fortaleciendo su crecimiento espiritual y personal. Su curiosidad la ha llevado también por terrenos tan diversos como la arquitectura ecológica, la química, la administración o la coordinación infantil, convirtiéndola en una eterna aprendiz y tejedora de su propio destino.